

ENFERMERA EN TIEMPOS DE GUERRA

Caía la tarde del 30 de octubre de 1854 mientras María contemplaba las playas en las que habían desembarcado las huestes aqueas de Agamenón treinta y dos siglos antes. O, al menos, eso quería creer su lado romántico, pues le gustaba pensar que las epopeyas, los relatos y las hazañas de aquellos héroes clásicos habían tenido lugar en realidad por mucho que los estudiosos dudasen de la veracidad de las historias que habían legado Homero y Virgilio. A veces, solo a veces, se reprendía a sí misma por ello, ya que su instrucción como enfermera le había enseñado que en la vida el dolor, el sufrimiento y la muerte eran moneda corriente, y que perder el tiempo en vacías ensoñaciones sobre mitos de épocas pasadas era una falta de respeto por la cruda realidad que le tocaba vivir. Pero la mayor parte del tiempo permitía a su mente divagar como válvula de escape ante la presión a la que era sometida en su trabajo, ante la impotencia que sentía cuando una vida se escapaba ante ella sin que pudiera hacer nada por aferrarla, ante la angustia que sentía como propia cuando los medios de los que disponía no bastaban para aliviar el dolor físico de algún paciente. Era por ello que, cuando supo que bordearían en barco la costa de Anatolia camino del estrecho de los Dardanelos, había esperado la oportunidad de contemplar esas arenas con una ilusión casi infantil, pues sabía que ese sería uno de los pocos respiros que podía esperar en los siguientes meses. Y, fue en ese momento, apoyada en la barandilla de estribor del "HMS Resistance" y ensimismada como estaba en sus propios pensamientos, cuando recibió un golpe de viento que hizo que se tambaleara peligrosamente hacia el vacío. De hecho, habría muy probablemente caído si no hubiese sido por un par de recias manos que le sujetaron de la chaqueta y le ayudaron a equilibrarse. Azorada, se volvió hacia su auxiliador y encontró el rostro picado por la viruela y cortado por la sal de un marinero que le miraba entre reprobador y divertido:

- Señorita, no es muy conveniente asomarse por la borda a sotavento. A punto estuvo de irse al fondo.

- Le pido perdón por mi torpeza y le doy las gracias por su ayuda. Seré más cuidadosa en el futuro.

La muchacha echó un vistazo a su alrededor esperando recibir miradas burlonas por parte de sus compañeras, pero se quedó helada cuando la que encontró fue la de su mentora. La señora Nightingale no era mucho mayor que ella en realidad, pues apenas contaba 34 años, pero sus ojos dejaban entrever una convicción y un aplomo que le hacían parecer más madura de lo que cabría esperar a su edad. La enfermera más joven sintió que inmediatamente su cara tomaba una tonalidad rojiza por la vergüenza y dirigió los ojos al suelo mientras se preparaba para la reprimenda que su superior, sin duda, le iba a dirigir delante de todos, pero esta no llegó. En vez de eso, Florence se limitó a negar con la

cabeza levemente, mirar al cielo y continuar su camino hacia donde fuera que fuese dejando atrás a una aliviada María.

Poco después del amanecer del 3 de noviembre el barco que transportaba a las enfermeras fondeó en el puerto de Estambul. Inmediatamente fueron trasladadas hasta las barracas de Selimiye en el distrito Scutari el cual, a su vez, estaba situado en la parte asiática de la ciudad. Durante el trayecto parlotaban entre ellas fabulando con lo que encontrarían en el recinto hospitalario, pero ninguna de ellas acertó a predecir la realidad que les golpeó a su llegada: centenares de soldados heridos, hacinados en camastros con mínima separación entre los mismos. Vendajes sucios, sangrantes en algunos casos, con olor a infección en la mayoría. Rostros barbudos, descuidados, ojos vidriosos por la fiebre que les devolvían las miradas a las recién llegadas con desinterés. Gemidos de dolor, de desesperación o de ambas cosas se elevaban entre la multitud como una letanía monótona y persistente. No pocas ratas descaradas correteaban por el suelo compitiendo por restos de comida o de fluidos humanos con cucarachas del tamaño de un pulgar, llegando a pasar en ocasiones entre las piernas de andar cansino de los pocos hombres del personal sanitario presente. Los rostros agotados de estos dejaban entrever una mezcla de resignación, frustración, hastío y agotamiento que hizo preguntarse a las recién llegadas cuánto tiempo tardarían ellas en tener la mismas caras, cuánto tiempo les duraría el ánimo que les había llevado allí con una mezcla de sentimiento de responsabilidad y voluntad de aventura. María, espantada, se tapó la boca con la mano y comprobó con cierto alivio que muchas otras seguían su ejemplo. Su formación en las pulcras aulas de su escuela en Londres no les había preparado para el bofetón de realidad que estaban encajando ya en sus primeros minutos en un hospital de campaña. Sí, dominaban distintas técnicas de punción, de sondaje, de obtención de muestras. Conocían las medidas de higiene adecuadas para evitar infecciones. Sabían tratar heridas, tenían conocimientos para elaborar una dieta adecuada según la dolencia de los pacientes. Reconocían los signos que les permitían adelantarse a una posible mala evolución de los enfermos. Habían aprendido a desarrollar la empatía, escuchaban y consolaban a aquellos que necesitaban expresar sus miedos e inseguridades. Pero, de pie ante el pandemonium que eran aquellas barracas, todo aquello parecía nimio ante lo que les esperaba en los siguientes meses. Estaban preocupadas, alguna sollozaba arrepintiéndose tal vez de haberse enrolado en tan, ahora lo sabían, descabellada empresa. Solo un rostro mostraba sentimientos diferentes a los de los demás. Rabia y enfado por las condiciones del hospital, determinación por cambiar las cosas. Florence paseó su mirada por las hombreras de los pocos oficiales presentes en el recinto, identificó a aquel que tenía el rango superior, y se dirigió hacia él con paso tranquilo.

- Buenos días. Mi nombre es señora Nightingale y soy la enfermera jefa del grupo que acabade llegar desde Inglaterra en el Resistance. ¿Es usted el oficial al mando?

- *Buenos días, enfermera Nightingale. Soy el capitán Rogers, uno de los pocos oficiales médicos que encontrará por aquí. No, no soy el oficial al mando. Sin embargo, el comandante Cloud hace semanas que no tiene a bien regalarnos su presencia, así que supongo que soy su mejor baza si quiere que alguien le ayude a resolver sus dudas.*

- *¿Cómo son posibles estas condiciones para los soldados?* – contestó Florence - *¿Nadie ha reparado en que la falta de higiene y el hacinamiento son muy perjudiciales para ellos?*

¿Que la ventilación deficiente es el ambiente adecuado para la propagación de las enfermedades?

- *Enfermera, me señala usted lo evidente. Créame, nadie ha batallado tanto como yo por mejorar este lugar. Por cada soldado que muere en la lucha allá en Crimea, perdemos diez en nuestros hospitales. Hemos sufrido epidemias de tifus, de cólera, de disentería. Cada mañana encontramos hombres muertos en sus camas que nos dejan sin que nadie siquiera repare en ello excepto, tal vez, los heridos más próximos, pero esos tienen sus propios problemas. Sufrimos de falta de espacio y de material, por no hablar de que nuestros hombres son insuficientes. Acumulamos bajas entre el personal asistencial porque no podemos protegernos a nosotros mismos de las infecciones y ya hemos tenido desertores, jóvenes que se alistaron buscando la gloria y la soldada, no esta pesadilla. Nuestros oficiales al mando no son sanitarios, sino que están aquí como castigo por incompetencia en el campo de batalla o porque son unos cobardes que solo buscan un destino que les mantenga alejados de las balas enemigas y de las condiciones del frente. Cuando habilitamos este sitio como hospital de campaña teníamos apenas un tercio de los heridos que atendemos actualmente. Su número no deja de crecer, pero el espacio no puede hacerlo. Estamos desbordados.*

Florence dio las gracias al capitán, se despidió con gélida cortesía y volvió con su grupo de pupilas. No les dirigió palabras de ánimo, sino que les conminó a instalarse a la mayor brevedad en las habitaciones que les habían asignado y a prepararse para trabajar lo antes posible. María siguió a sus compañeras por los pasillos del edificio mientras cavilaba: *“Bien... No era esto lo que esperaba encontrar, pero ahora no sé cómo podría haber sido de otra manera. Es la guerra, las condiciones no pueden ser las mismas que las del elegante Saint Thomas. Solo puedo adaptarme. He aprendido de la mejor, soy competente en mi trabajo y he de encontrar la actitud para llevarlo a cabo. Para eso he venido”.*

Tres meses después las cosas empezaban a cambiar. Florence había conseguido introducir mejoras a pesar del desdén inicial de Cloud, mezcla de escepticismo y desinterés. De hecho, la entrevista que ambos habían mantenido al día siguiente de la llegada de las enfermeras a Selimiye había sido su primera y última conversación hasta la fecha, y tras ella Florence se arrogó un poder decisorio que sorprendió a Rogers en un primer momento pero

contra el que nadie había mostrado objeción después. Se habían mejorado drásticamente las condiciones de higiene del pabellón hospitalario, desterrando primero a las alimañas y estableciendo después turnos estrictos de limpieza. Se habían habilitado para la asistencia nuevos espacios infrautilizados antes como almacenes para unos recursos que igualmente escaseaban, de modo que la distancia entre camas había aumentado considerablemente. Siguiendo las instrucciones de Florence, una unidad de zapadores del ejército había desatascado y limpiado los desagües y el alcantarillado de las barracas, con lo que la salubridad de las aguas había aumentado. Se habían abierto ventanales altos para mejorar la ventilación. Los cocineros ahora elaboraban unos menús que, si bien seguían siendo deficientes por falta de alimentos, al menos ahora llegaban a cubrir las necesidades básicas de los heridos y evitaban los ingredientes en mal estado. Cada enfermera atendía, dentro de lo posible, a un grupo estable de pacientes, minimizando así contactos innecesarios y disminuyendo el riesgo de infecciones cruzadas. Además, habían conseguido unos delantales de tela recia que se colocaban sobre sus uniformes y unas mascarillas del mismo material que se limpiaban exhaustivamente cuando acababa el turno de cada una, por lo que estaban relativamente bien protegidas. Durante las noches, linterna en mano, algunas de ellas hacían rondas entre las camas identificando pacientes que hubiesen empeorado en las últimas horas y deslizado palabras de consuelo y ánimo que reconfortaban a los soldados, pues el sentimiento de abandono que habían sufrido antes de la llegada del grupo de Florence se había mitigado enormemente. El estado de ánimo de las enfermeras había mejorado mucho también, y afrontaban su labor con una entereza que no hubiesen creído poseer en sus primeros días allí. Una de las más cambiadas era una María que ahora hacía la última ronda de su turno nocturno. Estaba realmente agotada, pues faltaba poco para el amanecer y había comenzado a trabajar diez horas antes. Terminó su recorrido, explicó a la bostezante enfermera que era su relevo las incidencias de la noche, se aseó, tomó un frugal desayuno en la cantina del hospital y, al cabo, se metió en su cama en el dormitorio que compartía con tres compañeras no tardando en caer profundamente dormida.

María abrió los ojos desorientada y, apartando de un manotazo la novela que tenía en la mesilla de noche y que la tenía atrapada más de lo que ella hubiera querido, buscó a tientas el despertador para acabar con el molesto pero necesario zumbido. *“Caray”, pensó, “sí que me está afectando toda la presión de estas semanas. Vaya sueño reparador de pacotilla he tenido... Estoy más hecha polvo que cuando me acosté. No veo la hora de que acabe toda esta historia de la pandemia y la madre que la parió”*. Comprobó la hora y, fastidiada, hundió la cara en la almohada cuando decidió que no podía permitirse quedarse un cuarto de hora más en la cama. Se levantó todavía algo obnubilada y, mientras iba hacia el baño con resignación para darse una ducha fría y prepararse para una nueva jornada en el hospital, a su mente acudió su pensamiento más recurrente desde hacía ya un tiempo: *“Un día menos, un día menos...”*